

EL PUEBLO VUELVE A LA CALLE

ESTA crónica podría comenzar, por ejemplo, la noche del día 25 de abril, en el café de una ciudad portuguesa, Castelo Branco. Son las 8,30, y, entre el humo de los cigarrillos, rodeado de parroquianos de rostro grave, espero que comience el último telediario del «día D» portugués. Están los ojos de estos labradores y pequeños comerciantes, de los muchachos que pronto serán llamados para embarcar hacia Angola, fijos hipnóticamente en la pequeña pantalla, como esperando a que la televisión les transmita la gran noticia para empezar a creer en ella. Sí, en efecto, el Régimen ha caído después de cuarenta y ocho años. No escucho un solo comentario, ni el bisbiseo de una conversación. El café Lusitania, de Castelo Branco, se ha llenado en pocos minutos, casi en silencio. La noticia hace ya horas que está en la calle. A partir de las cuatro de la madrugada, el Movimiento de las Fuerzas Armadas transmitía sus comunicados a través de una red radiofónica de emergencia. Pero sólo la televisión, la misma que transmitía las «charlas en familia» de Marcelo Caetano, dará la medida de lo que ha pasado en Lisboa. Los dos locutores hablan sin asomo de nervios, fuman sus pitillos en un momento de tanta importancia histórica y explican, ante la mirada incrédula de los que me rodean, que Portugal ha dejado de ser el Portugal de Salazar, Thomas y Caetano, el Portugal del Estado Nuevo. Emplean con naturalidad los términos que pronto nos serán familiares, se refieren a la opresión del pueblo portugués durante casi cincuenta años, la necesidad de resolver el problema de Africa, y se refieren también a las primeras medidas que tomará la Junta de Salvación Militar: disolución de la Asamblea, libertad de asociación, y, como una bomba, la noticia de que algo puede cambiar en Ultramar. Horas más tarde, un joven oficial de la llamada acción psicológica dentro del ejército, me dirá en Santarem que Africa ha dejado ya de ser un tabú. Hay una total revolución en el lenguaje que escucho, pero a mi alrededor, a pesar de la fiabilidad que estos campesinos dan a lo que salga de la televisión, en el café Lusitania nadie mueve un solo músculo. Parece como si el golpe de Estado se hubiera dado en Camberra. El locutor nos cuenta ahora la rendición de Caetano en el cuar-

tel Do Carmo, donde se había hecho fuerte con la Guardia Nacional Republicana. Nos transmiten un despacho de Associated Press desde Madrid, la redacción que la noticia ha tenido en Africa, las primeras impresiones en Rhodesia, y la baja del precio del oro en el mercado. Termina la emisión del telediario y todos vuelven a su partida de dominó, a los comen-

por las calles, silenciosas, de Castelo Branco. El público entra ordenadamente en algún cine, y en el barrio alto encontraré por fin a un viejo revolucionario, que me grita con júbilo un viejo «slogan»: «¡Libertad y progreso!». Nos tomaremos juntos una copa de vino verde, y el anciano se apresurará a descolgar un retrato de Oliveira Salazar que preside la ta-

no es del todo cierto que en cuestión de pocas horas el Almirante, Almirante de los «ultras» portugueses, y el profesor administrativo estén ya en la isla de Funchal. Un poeta surrealista, un Emilio Carrere portugués, un bohemio de los cafés de Lisboa, Pedro Oom, muere de un ataque cardíaco. No resistió a la emoción. Tenía cuarenta y siete años, un poco menos que el Régimen derrocado. Los diarios le dedicarán una sentida nota necrológica. Es la primera víctima. Castelo Branco sigue a lo largo de la madrugada discretamente, pudorosamente pegado a la televisión o a los aparatos de radio. Después del telediario emitirán un programa del poeta brasileño Vinicius De Moraes, el de «Orfeo Negro». Los soldados están en sus cuarteles, y cumplen así las primeras medidas decretadas por la Junta de Salvación Militar. En ningún caso quieren que el golpe bañe con sangre a Portugal. A la una y media de la madrugada aparece, rodeado de sus compañeros de armas (sólo falta el general Neto), Anto-

Manuel Leguineche

tarios del partido que ayer vieron entre el Atlético de Madrid y el Celtic. Todos rellenan sus quinielas. Estoy profundamente asombrado, y comienzo a darme cuenta hasta qué punto cincuenta años de salazarismo han destruido la capacidad de reacción de estos nobles campesinos de Castelo Branco. No alcanzo a interpretar qué es o podría ser un levantamiento militar. Caetano y Thomas están ya fuera de combate en la isla de Madeira. Paseo

berna. En pocos días, la piel de Portugal puede cambiar radicalmente sin grandes convulsiones.

Las emisiones populares comenzarán a desencadenarse, el pueblo tomará conciencia de lo que acaba de pasar cuando el país se recupere del «shock». Pero en estas primeras horas, en Castelo Branco, el día 25, al atardecer, todos conectan secretamente en sus radios las emisoras españolas, porque sospechan, por esa inercia de medio siglo de opresión, que

Esperan la liberación de sus familiares, presos políticos en una cárcel de las afueras de Lisboa.





Soldados vigilan una ventana, en cuya casa se esconde un miembro de la PIDE.

nio de Spínola, que en un ambiente que podría recordar el cuadro de «Las lanzas», de Velázquez, ha recibido la rendición de Caetano en el cuartel Do Carmo. Spínola, por fin, un misterio que se despeja. La presencia del ilustre y respetado general, que nunca quiso prosperar a costa de la sangre de sus soldados, comienza a dar a estas gentes un sentido más claro de lo que pasa. La revolución del Ejército tiene ya un rostro. Le veo, rodeado de una familia esta vez, con su talante gaullista, su voz de predicador, sus gafas de prósbita, su uniforme gris y su condecoración máxima, Torre y Espada. Spínola va a explicar al país, al menos al que hoy no duerme, cómo ha sucedido todo y por qué. Es su primera declaración de principios. A pesar de todo, su proclama no tiene esos perfiles concretos que al día siguiente aparecerán en el programa de la Junta de Salvación. Porque, una vez más, ¿qué ideología tiene Spínola? Su libro era una exposición de lugares comunes. Ahora, alguien puede ya empezar a decir que Spínola, sentado frente a las cámaras de la televisión, es el De Gaulle portugués, que habló un día en Brazaville. Decía Maurice Duverger que hablar de

ideología, al referirse al gaullismo, es casi formular una contradicción.

«V» de victoria

Voy a recorrer, horas más tarde, desde la madrugada, unos 600 kilómetros. Por las carreteras de Portugal cruzaré pueblos, aldeas, acuartelamientos militares, pero no hay nada que me haga pensar que el país haya cambiado de signo. Me cruzaré con muy pocos vehículos a lo largo de este viaje por la madrugada, mientras escucho en la radio de mi coche canciones que hasta entonces estuvieron prohibidas.

Spínola responderá en su primera conferencia de prensa que una revolución militar no tiene un líder. Después leerá su programa. Sin embargo, hay un desequilibrio, una descompensación, entre lo que escucho y lo que el paisaje me ofrece, ese paisaje casi vacío de gente que se me ofrece desde la frontera española. Hay una ausencia total de reacción en este medio rural.

El contrapunto de la crónica estará dentro de poco en las calles de Lisboa. Como el corcho del champán cuando salta, miles

de lisboetas se han lanzado a la calle para abrazarse, para lanzar claveles rojos sobre los soldados que han tomado la capital. Al amparo de los carros, miles de lisboetas irán con ellos a la Asamblea de los reductos de la reacción, cuarteles de la Guardia Nacional Republicana, de la Dirección General de Seguridad, de la Legión portuguesa. Hace tiempo que el movimiento de las fuerzas militares sabían quiénes van a responder positivamente y quiénes no. Comienzan los gritos tanto tiempo ahogados: «¡Viva la democracia! ¡Viva la libertad! ¡Viva el socialismo!».

Dicen algunos turistas españoles que el pueblo portugués es un pueblo triste, y está claro que tenía sus razones para estar triste. Han caído en pocas horas algunos de los mitos que siempre han caído sobre Portugal. Se ha dicho que es un pueblo triste, indolente, incapaz de reaccionar visceralmente. Pero, como por arte de magia, se demuestra que la tristeza no era tristeza, que la grandilocuencia no era grandilo-

disuena, en medio de esta primera reacción emocional, cómo a nadie se le ocurre pensar en los esquemas doctrinales o en la estrategia para las futuras elecciones, que ya se anuncian. Las mujeres distribuyen fruta a los soldados, y todo Lisboa se me aparece como una gigantesca «V» de la victoria. La entrada de los tanques aliados en Francia fue una caricatura frente a lo que aquí vemos. Esto no es una escenografía, es una sintonización completa de miles de corazones, y los abrazos se suceden, mientras suenan algunos disparos al aire, porque el Ejército trata de frenar los linchamientos. El silencio sacramental del país que he visto esta mañana se ha roto al llegar a Lisboa. Salazar acostumbraba a decir que el pueblo portugués no estaba preparado para estas cosas, y lo mismo pensaban sus epígonos: Thomas, Nogueira, Caetano... y bien hubiera estado que la Junta de los Siete permitiera a estos tres pilares del Régimen contemplar desde un balcón hasta qué punto aquel movimiento tenía una armo-

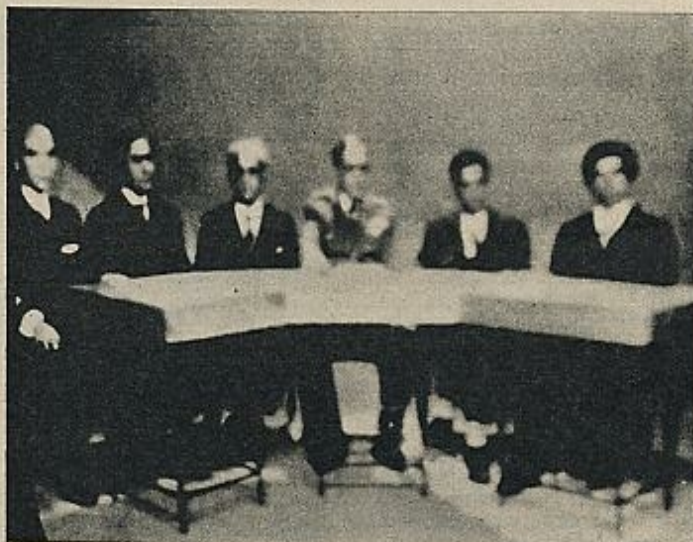


Foto tomada de la televisión, en la que por vez primera aparece la Junta de Salvación, presidida por Spínola y compuesta, de izquierda a derecha, por los capitanes de Navío Antonio Alva Continho y Jose Baptista Pinheiro de Azevedo, generales Francisco de Costa Gomes y Antonio Spínola, brigadier Jaime Silveiro Marques y el coronel Carlos Galvao de Melo.

ciencia, sino que escondía, en todo caso, un gran pudor. Hay una falta absoluta de teatralidad en lo que vemos, una alegría pura, sobria, digna. Con una capacidad de adaptación que me deja anonadado, Lisboa reacciona con un alto grado de civilidad. Todos trazan la «V» de la victoria con los dedos. Los grupos marginales, el EMRP, hacen de la plaza del Rossio su «Hyde Park», para exponer la estrategia del partido del movimiento reorganizativo del partido del proletariado. Es algo que

nia. Lisboa era una fiesta de claveles, y salvo algunas rupturas de cristales en algunos establecimientos, no ardió un solo edificio; no hubo rencor en las miradas; toda la capacidad de odio de que era capaz el pueblo se reservó para los policías de la PIDE.

Spínola y Soares

Esta crónica podría haber comenzado el mediodía del domingo 28 de abril, en la estación de Santa Apolonia, junto al puerto. ▶

EL PUEBLO VUELVE A LA CALLE

Allí, miles de personas, compactas, se daban por fin cita, para cantar, sin temor a las represiones policíacas, «El pueblo unido no será vencido». El tren en el que viajaba Mario Soares desde París llegó al mediodía. Soares, después de cuatro años de exilio en París, viene acompañado de otros jefes de su partido. Hay lágrimas y abrazos, y este recibimiento al secretario general del partido socialista tiene, entre apretujones y ramos de flores, una grandeza y una dignidad que pocas veces me será dado ver. Soares hablará con gran seguridad, desde el balcón de Santa Apolonia, de unidad, disciplina y dignidad. La mujer del general Humberto Delgado, que fue asesinado por la PIDE, apenas podrá asomarse al balcón, conmocionada por los sollozos. La periodista Helena Neves, como una imagen de reivindicación, de las tareas que le esperan ahora a la mujer portuguesa, leerá algunas líneas de principios, del partido. Surgen más «V» de la victoria, más banderas, y con unidad y disciplina, la caravana de coches que acompañará a Mario Soares hasta la Cova Da Moura, el cuartel general de la Junta de Salvación, donde Spínola y el secretario general del partido socialista se abrazan. Entre el autor de «Portugal y el futuro» y «Portugal Baillonné» hay una considerable distancia ideológica, pero Soares habrá reconocido en este abrazo que las reticencias de la izquierda sobre la figura de Spínola no tenían mucho sentido. Soares estaba con Willy Brandt cuando recibió la noticia del golpe. Hace unas semanas, todavía, el que ahora abraza con emoción a Spínola explicaba en Ginebra: «Las proposiciones del general Spínola son aberrantes e imposibles. ¿Puede Spínola desbloquear la situación portuguesa? Quizá, pero no hay que olvidar que es un hombre del Régimen, y que lo que hace no es otra cosa que expresar la profunda desorientación de la clase dirigente portuguesa, a la que pertenece. Sus puntos de vista sobre la colonia son "colonizadores"». Ahora, en la sede de la Junta de Salvación, el general y el secretario del partido socialista dialogan durante media hora sobre Portugal y el futuro inmediato. Nos dirá luego Soares que el programa de la Junta de Salvación le parece un elemento de trabajo válido. ¿Qué ha sucedido para que en cuestión de semanas Spínola desborde con mucho las previsiones del organigrama político que anunciaba en su libro? ¿Hasta qué punto hay una influencia del movimiento de los capitanes en el texto del programa? Porque, vamos a ver: ¿ha sido Spínola el protagonista del golpe militar del 25 de abril? Cuando Caetano, sitiado en el cuartel Do Carmo, señaló a Pinto, el mediador, que sólo se rendiría a Spínola, éste dirá en su humilde

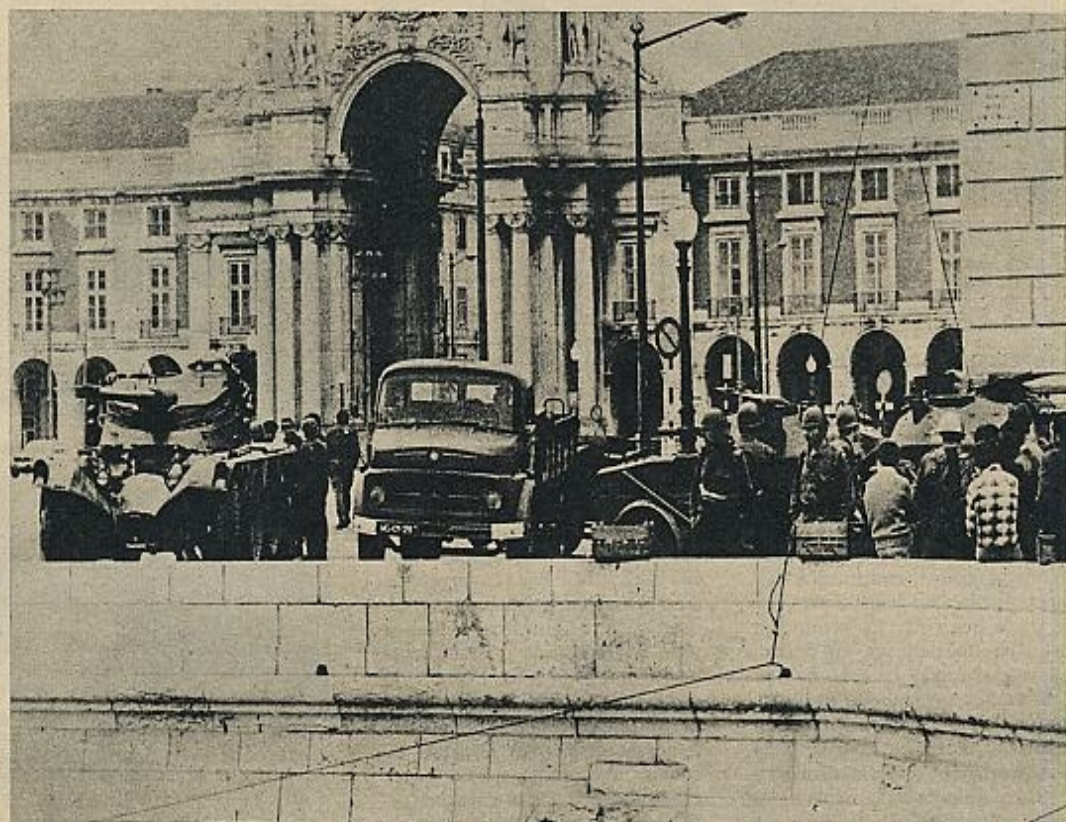
casa de la calle Rafael de Andrade que no tiene nada que ver con los rebeldes. Sólo más tarde acudirá a Carmo para negociar con Caetano, que no desea «entregar el poder a la calle». Allí, mientras se canta el himno nacional, la muchedumbre aclama a Spínola como al nuevo jefe, y Caetano sale en un blindado de la Escuela Práctica de Caballería de Santarém, llamado «bula». Pero, ¿en manos de quién ha estado Portugal durante esas primeras horas en que Spínola, o el nombre de Spínola no aparece por ninguna parte?

«Un pequeño conato de rebeldía...»

El Movimiento de las Fuerzas Armadas, según alguien, acéfalo,

tratega, permanece en su casa, y sólo saldrá a la calle después de hablar por teléfono con Marcelo Caetano. ¿Cómo es posible que en una operación tan compleja, donde han intervenido todas las academias, campamentos de instrucción, acuartelamientos, que ha involucrado a miles y miles de personas, no haya fallado una sola pieza del mecanismo del plan de sublevación? A primeras horas de la mañana, un ministro del Gobierno de Caetano se disculpará con el embajador en Lisboa de un país europeo, diciéndole: «Vamos a cancelar el almuerzo que teníamos previsto para hoy, porque, según me dicen, hay un pequeño conato de rebeldía en algunos cuarteles. Si le parece, lo dejamos para mañana». La fuerza de la inercia le había hecho creer que en Portugal, nunca pasaría nada.

ha movido. Cuando a las 0,20 horas del 26 suene por fin la canción simbólica del levantamiento, «Grandulla Villa Morena», hasta entonces prohibida, porque hablaba de la fraternidad, los convoyes se ponen en marcha para concluir sobre Lisboa. Los comandantes y oficiales de las bases que no se adhirieron al Movimiento de las Fuerzas Armadas serán depuestos y desarmados automáticamente. Cuando tengamos algo más de perspectiva sobre el 25 de abril de 1974, podremos preguntarnos cómo fue posible que no se hubiera infiltrado alguna sospecha, alguna señal de alarma, al menos, para que la Policía hubiera podido huir con tiempo, o el señor Pais, director general de Seguridad-PIDE, quemara sus archivos, o el GNR organizara con más solidez los focos de resistencia, o para permi-



Fuerzas armadas estacionadas en Terreiro do Paço. Sobre la valla, cajas de frutas que los civiles regalaron a los soldados.

desde que a las once menos cinco de la noche del 24 sonó en las emisoras asociadas de Lisboa la primera señal (faltan cinco minutos para las once y emiten la canción «Adios», del eurovisivo Paulo de Carvalho), cumple matemáticamente su plan de marcha sobre Lisboa y ocupa los centros neurálgicos con una precisión que hubiera sorprendido al mismo Malaparte. Spínola, el es-

Según me explicará un coronel, en la Región Militar de Tomar, cada unidad tenía un objetivo concreto para dislocar las defensas de las fuerzas paramilitares, cuya no adhesión se presumía. Los capitanes sublevados hablaron con gran calma a la tropa, y le pidieron voluntarios para la operación de toma del poder. Los capitanes ponían así en práctica el espíritu de democratización que les

tir que determinados señores salieran del país con sus maletas llenas de escudos. Sin duda, la experiencia de Caldas sirvió de ensayo general. A mediados de marzo, la Infantería de Caldas marchó sobre Lisboa para volver luego a las bases y ser desarmada: Fue, según me ha explicado un oficial de acción psicológica, una precipitación. El golpe no estaba aún maduro. Según otro ofi-



Soldados y civiles frente al cuartel general en el que se rindió Marcello Caetano.

cial, se trataría del único cuartel que no recibió a tiempo la orden de aplazar el golpe, y también, según otro punto de vista que he escuchado, fue un ensayo general premeditado, para medir la capacidad de respuesta del Gobierno. Caetano esperaba una manifestación monstruo de los capitanes para el 2 de mayo. El golpe partió, sincronizadamente, unos días antes. Cuando improviso estas líneas, en mi hotel de Lisboa, en la madrugada del lunes día 29, suenan rídicamente los gritos de los manifestantes: «Morte a la PIDE, morte a la PIDE!», la Gestapo portuguesa, la Policía Internacional de Defensa del Estado. Fueron de los últimos en rendirse antes de hacer algunas víctimas civiles, en su cuartel de la calle Cardoso, el centro de la gran represión. En la voz de las gentes vuelve el nombre real, el que no habían olvidado nunca, a pesar de los cambios de denominación a que la había sometido Caetano. La PIDE vuelve a llamarse PIDE, y el pueblo pedía su muerte, como cuando la viuda de Humberto Delgado asomó en la estación de Santa Apolonia. Spínola había cumplido cabalmente con la primera medida de su programa, la más aplaudida, sin duda: la extinción de la policía política. La noche del 27, para evitar los linchamientos, que selectivamente se habían producido en algunos puntos del país y la capital; los fusileros de la Marina cercaron la calle Cardoso para trasladar a los PIDEs a la prisión fortaleza de Caxias.

Hacia frío, y compartíamos nuestras naranjas y bocadillos con los fusileros, que tiritaban bajo sus camisas de tela fina, sobre las que caían las cintas de las balas. Los focos iluminaron la fachada del cuartel general de la policía política y el traslado de los doscientos policías tuvo un acento sobrecogedor. Aquellas eran las criaturas más odiadas del Régimen, los que, como dijo el propio Marcelo Caetano, constituían un «Estado dentro del Estado». Habían extendido su tela de araña de agentes y confidentes, y protegido el poder a costa de todas las técnicas, la tortura, el chantaje, y ahora el ejército desplegaba un dispositivo de seguridad para evitar que fueran las víctimas de un tremendo deseo de revancha. Por fin, el primer policía político asomó desde el umbral de su cuartel, y los demás, con sus trajes, sus corbatas bien ajustadas al cuello, le siguieron hasta los camiones Morris. Hubo ojos que se desencajaron por los «flashes» de los fotógrafos. Otros se protegían bajo sus chaquetas o sus gabardinas; algunos traían carpetas o libros. Libros que los fusileros requisaron. Un soldado me dio uno de ellos: era una historia de la economía mundial publicada por la Penguin británica. Allí estaban, en el cuartel general de la PIDE, descolgados, los retratos de la trinidad política: Thomas, Caetano, Salazar. No habían tenido los policías tiempo bastante para hacer desaparecer sus millones de fichas. Allí vimos también, en los sótanos, un

potente arsenal de armas y municiones, revistas pornográficas, videocassetes, televisores, calculadoras electrónicas y otros objetos de la rapiña. Los policías presos se acomodaron en los bancos de los camiones. «Morte a la PIDE, morte a la PIDE!», escuchaban todavía a estas horas de la madrugada, cerca del monumento a Camões.

El convoy se puso en marcha hacia Caxias, donde en aquel momento preciso los presos políticos, algunos de ellos encerrados sin juicio previo desde quince años atrás, recobraban la libertad y se abrazaban bajo los eucaliptos. Ese fue el canje: los policías entraban en su fortaleza y los presos políticos volvían al exterior. A aquellas horas de la madrugada, miles de personas esperaban a los ochenta y siete presos políticos. Corría el vino, y los soldados, protegidos por sus mantas pardas del frío de la madrugada, recibían el abrazo de las madres, los familiares, los amigos de los presos. Una corriente de solidaridad y de alegría colectiva nos invadía a todos. Los que no se conocían, se abrazaban, y allí recibimos naranjas, plátanos, de las madres vestidas de negro que habían llegado de una aldea del Algarbe para abrazar a sus hijos, que, después de tantos años, eran libres. Fue entonces cuando empezamos a creer en la sinceridad de Spínola, cuando la PIDE subió a sus camiones y cuando los presos, después de una rápida negociación entre sus abogados y los representantes de la Junta Militar, fueron libertados.

Sin grandilocuencia

En Lisboa, por la mañana, aparecían las primeras pintadas para convocar el 1 de mayo: eran las siglas del MRTP. Los diarios publicaban los chistes y los artículos rechazados por la censura. La televisión, estimulada por aquella sensación de libertad, transmitía sus nuevos programas con el nuevo estilo, abiertos, sinceros, tonificantes, sin retórica. Sin gritos subversivos, sin grandilocuencia, porque es una leyenda negra eso de que el pueblo portugués sea grandilocuente. Con una ajustada capacidad de adaptación al nuevo movimiento y a la consigna de sentido de la responsabilidad impartida desde Cova Da Moura.

El domingo 28 de abril se abrió un debate a las ocho, en el programa «TV 7», y allí vimos el diálogo sereno, sin destemplanzas, fluido, entre estudiantes, intelectuales, economistas, obreros. Alguien mencionó el nombre de Salazar, y aquello sonó a paleolítico superior, como si hubieran mencionado al mismísimo Prioste Juan o a Enrique el Navegante. El jefe de los Sindicatos, que ahora iban a ser libres, o el economista especializado en emigración, planteaban los problemas urgentes: la estudiante se refería a los textos donde la Historia de Portugal terminaba en Vasco de Gama, y se habló claramente de la urgente necesidad de liquidar el problema de Ultramar. Así se disolvían como el hielo los viejos tabúes. Se hablaba abiertamente de los problemas más graves, allí, en la televisión, y nada pasaba. El presentador, Felipe Costa, se maravillaba al comprobar que en la «primavera de Lisboa» se sentía libre, como un hombre nuevo. Así continuó en los estudios de la televisión, y fuera de ella, el espectáculo de la libertad. Los periódicos demostraron que sabían entender la nueva situación y ponían en sus páginas viveza, información, intención, y el sentido de la responsabilidad del gran periodismo. Sólo los apresuramientos de los grupos más extremistas rompían esta serena armonía. Mientras tanto, en el Casino de Estoril, los «croupiers» lanzaban con sus voces neutrales «Rien ne vas plus!», y en O Taipas se cantaba el fado como todas las noches. Un anciano lanzaba claveles al paso de tu coche, los soldados trazaban la «V» sobre sus camiones y el camarero te invitaba a una copa de «beirao». El futuro puede quizá complicar este esquema emotivo de las primeras horas, pero la entrada de un pueblo en su vía natural democrática fue un espectáculo emocionante, y los que lo vivimos nos hemos sentido, a partir de entonces, más libres, más purificados y más generosos. ■ M. L.